



**LECCIÓN INAUGURAL**  
**CENTRO ASOCIADO UNED-A CORUÑA**  
**AUTOR: FERNANDO SEOANE PRADO**

---

ACTO DE APERTURA DEL CURSO 2019-2020  
EN EL CENTRO ASOCIADO A LA UNED DE A CORUÑA

Salón de actos del Centro Asociado, 10 de octubre de 2019

## EL CENTRO DE LA UNED DE A CORUÑA DESDE MI EXPERIENCIA PERSONAL

Buenas tardes.

Antes de nada, quiero agradecer al equipo directivo del Centro el haberme invitado a pronunciar la lección inaugural del curso 2019-2020.

En enero de este año le comuniqué a la Secretaria mi renuncia como profesor tutor en la Facultad de Química y poco después recibí una amable y cariñosa carta suya en la que me avanzaba la intención de la dirección de que fuera yo el ponente inaugural en este acto de apertura de curso, invitación que recibí poco después.

En ningún momento dudé que el motivo de esa invitación era mi condición de primer Director del que, en aquel lejano 1982, se creó como Centro Asociado de la UNED de La Coruña, y no por mi condición de profesor de Química.

De ahí la elección del tema de esta ponencia, que no lección, inaugural del curso académico 2019-2020, el primero en el que ya no tendré ninguna vinculación formal con la UNED.

Mi participación como ponente sólo es posible porque la dirección actual ha hecho una excepción en el criterio que para la elección de los ponentes se lleva aplicando desde que yo mismo la implanté: personas de una elevada preparación y proyección social.

Mi aceptación supongo que se debe a una pequeña vanidad, pero, sobre todo porque me permite terminar mi vinculación con la UNED de la misma manera en que comenzó mi andadura pública en ella, cuando en aquel ya lejano comienzo del curso 1983-1984 pronuncié unas palabras en el acto de apertura.

Mi intervención será breve, porque, ya desde aquella primera apertura de curso, la entrega de diplomas a los nuevos licenciados es el núcleo central de este acto. Entrega que hoy se ha generalizado en todas las universidades, pero que en aquellos años no se hacía.

Mi relación con la UNED comenzó en noviembre de 1982, cuando leí en la prensa el anuncio de la convocatoria para cubrir las plazas de Director, Secretario y tutores en la UNED de La Coruña y mi compañero y amigo Pedro Souto Aller, Catedrático de Matemáticas, presentamos nuestra solicitud para optar a las plazas de tutor, que obtuvimos. Además, como yo reunía el requisito de ser doctor, solicité también la plaza de Director. Con cierta sorpresa por mi parte, me concedieron esa plaza.

En este Centro de la UNED, además de Director, he sido Profesor-tutor y alumno y a cada uno de esos tres aspectos dedicaré una parte de mi intervención.

Empezaré por mi etapa como Director, que, si bien fue la más breve, más aun que la de alumno, como explicaré más adelante, también fue la más intensa e interesante y transcurrió entre los años 1982 y 1989.

Resulta aquí imprescindible reconocer la importantísima colaboración de la Delegación de Alumnos para que este Centro pudiera empezar a funcionar representada, entre otros, por Andrés Vázquez López, Antonio Díaz Piñeiro, María del Milagro Ezquerro García Noblejas y Luisa Martínez González.

En diciembre de 1982 fuimos nombrados José Ramón González Álvarez como Secretario y yo como Director del Centro de la UNED de La Coruña, que, tras el agotamiento del sistema anterior, vinculado a la Universidad Laboral, iniciaba una nueva etapa como centro autónomo.

Este nuevo comienzo fue posible por el interés de personas e instituciones que constituyeron un Patronato Rector y proveyeron de los medios necesarios para que pudiera comenzar su andadura:

Consellería de Educación de la Xunta de Galicia

Diputación Provincial de La Coruña

Ayuntamiento de La Coruña

Ayuntamiento de Culleredo

Ayuntamiento de Betanzos

Banco de Bilbao

Sede Central de la UNED

También formábamos parte del Patronato los representantes de profesores y alumnos y yo mismo.

Para mí fue un desafío muy importante pues, aunque mi formación académica, doctor en Química, era adecuada para el puesto, hasta ese momento mi experiencia administrativa como Catedrático, se limitaba a haber sido Vicedirector durante dos cursos, el primero en el Instituto de Bachillerato "Juan Montes" de Lugo, y, el segundo, en el Instituto de Bachillerato "Agra del Orzán" de La Coruña.

Creo que esa escasa experiencia directa se vio compensada por todo lo había aprendido de mi padre, Carlos Seoane Rico, que dirigió durante más de cuarenta años el Colegio Academia Galicia.

Desde un punto de vista personal, esos años fueron sumamente enriquecedores, pues se corresponden con la gran revulsión que supuso para el sistema universitario la Ley de Reforma Universitaria de 1983, que desarrollaba la previsión constitucional de la autonomía de las universidades, garantizaba la democratización de sus Órganos de Gobierno y realizaba una profunda reestructuración de las universidades confiriendo a los Departamentos una importancia preponderante.

Como representante del sector de los Directores de Centros Asociados de la UNED pude participar en el Claustro Constituyente que redactó los primeros Estatutos de la Universidad, y asistir a unos interesantísimos debates y aprender de los ponentes de una calidad intelectual tan alta como la de Elisa Pérez Vera, Faustino Fernández Miranda, Emilio Lledó, Javier Tusell, Santos Juliá, o Antonio de Bethéncourt, entre otros.

Esa experiencia resultó para mí de gran utilidad en la elaboración del primer Reglamento de Régimen Interior del Centro Asociado de La Coruña, en colaboración con dos grandes juristas, Alfonso Rodríguez Penas y Gonzalo de la Huerga Fidalgo. En ese reglamento se transpusieron los principios de transparencia y democratización de los órganos de gobierno, con el establecimiento de un claustro y un consejo de dirección propios formados por

representantes de los tres estamentos universitarios: profesores-tutores, alumnos y personal de administración y servicios.

Desde un punto de vista práctico los comienzos fueron complicados, aunque no voy a detenerme mucho en todas las dificultades de esos comienzos, pero si me interesa resaltar que en aquel primer momento el Secretario y yo estábamos en la única dependencia de uso exclusivo, un local 15 m<sup>2</sup>, en el que tuvimos que organizar todas las tareas para que las actividades docentes pudieran comenzar lo antes posible.

Con el esfuerzo y la comprensión de todos, profesores y alumnos, la actividad docente pudo comenzar en el mes de enero de 1983. Las tutorías se desarrollaban en las aulas del C.E.I. en un horario diferente del de las clases de ese centro.

Poco a poco fuimos ampliando las instalaciones gracias a la cesión de otro local de unos 40 m<sup>2</sup> en el que pudimos instalar la sala de profesores y unos despachos para poder trabajar con más de independencia. También se pudo contratar a una administrativa, Mari Paz Cajide Méndez, y a un conserje, Enrique Freire Cal, cuya colaboración y excepcional dedicación nunca podré olvidar. Vaya desde aquí una expresión de mi personal agradecimiento a ambos y un emocionado recuerdo, a Enrique, fallecido hace pocos años.

El crecimiento del Centro durante esos primeros años fue imparable, de tal forma que en el año siguiente se duplicó el número de alumnos, que pasó de 740 a más de 1.500, de profesores, que de 41 creció a más de sesenta y del personal de administración con la contratación de dos nuevas administrativas, Amelia Varela Castro y Mercedes Martínez Mouzo.

Al revisar las memorias para documentar esta ponencia comprobé, debo decir que una gran satisfacción, que el número de licenciados pasó desde los nueve del año 1983 a sesenta y cuatro en el año 1989, lo que pone de manifiesto que el esfuerzo de todos los que formamos parte del Centro en aquellos años produjo unos espléndidos resultados.

Durante mis años como Director tuve como objetivo irrenunciable que se pudieran tutorizar en La Coruña todas las titulaciones que iba implantando la Universidad y que los alumnos de Ciencias no tuvieran que desplazarse a Madrid para realizar las prácticas de laboratorio, con el consecuente perjuicio económico y personal para quienes estudiaban esas carreras. Ambos objetivos se lograron con nuestro esfuerzo y la comprensión de las instituciones políticas y educativas.

Por mi condición de profesor tutor de Química tuve un especial empeño en la resolución del problema de las prácticas de laboratorio, lo que se consiguió a través de acuerdos con otros centros educativos. Incluso, se pudo lograr que las prácticas de laboratorio del segundo ciclo, se realizaran en nuestra ciudad. Para ello fue necesario invitar al doctor Salvador Senent, catedrático coordinador de prácticas de la Sede Central, a una inspección de esos laboratorios para que diese su visto bueno.

Como acabo de decir que no pretendía detenerme mucho en las dificultades de esos primeros momentos voy a pasar a hablar de los logros y aspectos positivos de esos comienzos y quiero empezar con la implantación del servicio de librería, porque pone de manifiesto el interés social que había en que el Centro pudiera funcionar con eficacia.

Todos sabemos que el estudio a distancia requiere la utilización de unas formas de comunicación fluidas y específicas entre tres grupos: los alumnos, los profesores de la Sede

Central y los profesores tutores. Aunque en el momento actual la distancia no parece difícil de salvar gracias a las modernas, o ya no tanto, tecnologías de la información y comunicación, en esos años iniciales todo era mucho más complicado y los libros en papel eran el principal medio de transmisión de conocimientos en el sistema de enseñanza a distancia y, en mi opinión, lo sigue siendo actualmente.

Ello hacía necesario disponer de un servicio de librería propio del Centro para la distribución del material impreso editado por la UNED y en las instalaciones de las que disponíamos era imposible. Ese inconveniente se salvó gracias a la cesión gratuita por el farmacéutico de El Burgo de un local situado relativamente cerca de la Laboral y la contratación de dos personas para su atención, una de las cuales, Iberio Barral Fraga aún sigue con nosotros.

También pudimos poner en funcionamiento una pequeña Biblioteca con los textos básicos de las carreras y atendido por una becaria.

Un aspecto positivo de la escasez de espacio, y para mí el más importante, fue el establecimiento de relaciones estrechas tanto con los profesores, como con los alumnos y el personal de administración y servicios, con muchos de los cuales han derivado en una amistad que me enorgullezco de mantener después de tantos años.

Esta es sin lugar a dudas la mayor satisfacción personal de mis años como Director.

Pero volviendo ya a las cosas terrenales, y por sorprendente que le parezca a las nuevas generaciones, los medios de comunicación existentes en aquella época sólo eran el teléfono y el correo postal. Aun hoy recuerdo, como hará el personal de aquellos años, la innovación comunicativa que supuso la llegada del télex (hoy ya desaparecido) y los primeros envíos por telefax que había que ir a realizar a la oficina de Correos.

Todos los que estábamos en el Centro nos acordamos del problema de las valijas, en las que venían los sobres con los exámenes para las pruebas presenciales y que tenían que ser celosamente custodiados para garantizar la confidencialidad.

Para conseguir una relación más fluida con los profesores de la Sede Central se celebraban las llamadas Convivencias, que eran unas reuniones a las que se invitaba a esos profesores a acudir al Centro para explicar contenidos e intercambiar opiniones con los alumnos de sus asignaturas y que siempre procuré impulsar pese a las dificultades económicas debidas a la escasez presupuestaria.

Los ordenadores personales llegaron al Centro de la UNED de La Coruña bastante pronto, en el año 1987, lo que nos permitió ser pioneros en la enseñanza de la informática. Así, en colaboración con una empresa madrileña, ya en 1988 comenzamos un "Seminario de Aplicación Práctica de la Informática", impartido por especialistas y para el que pusimos a disposición de los participantes unos, en aquel momento, sofisticados ordenadores y que tuvo continuidad en años posteriores.

También fuimos pioneros en el otro campo de actuación que, en mi opinión, debe atender un centro universitario, las actividades extra-académicas o de extensión cultural, que fue para mí una experiencia interesantísima y muy gratificante. Si vuelvo la vista hasta aquellos años, me parece casi increíble que hayamos sido capaces de hacer todo lo que hicimos con los precarios medios de los que disponíamos, y que sólo fue posible por el entusiasmo que nos animaba a todos, alumnos, profesores y personal de administración.

No pretendo hacer una enumeración exhaustiva de todas las conferencias, ciclos, jornadas, cursos, e incluso la publicación de una revista, *Dársena*, pero sí quiero citar algunas, como

*Héroes, aventureros y dandys en Mariñán*, en 1985, con la participación de renombrados autores, como Luis Antonio de Villena, Luis Alberto de Cuenca o Fernando Savater.

*Jornadas sobre teatro gallego, clásico y de vanguardia*, en 1987, en la que fueron ponentes, entre otros, Carlos García Gual, Agustín García Calvo y José Cermeño.

Representación teatral de *El hombre, la bestia y la virtud*, en colaboración con el Centro de la UNED de Pontevedra.

*La formación de la realidad urbana*, en 1988, unas jornadas sobre urbanismo en la que intervinieron, entre otros, José Luis Meilán Gil, Julián Alonso Contreras y los arquitectos Manuel Gallego Jorroto y Yago Seara.

*Semana de práctica jurídica*, en 1986 con la que fuimos precursores de las actuales Escuelas de práctica jurídica, en colaboración con prestigiosos abogados, magistrados e inspectores de Hacienda de nuestra ciudad, entre otros José Antonio García Caridad, César Álvarez Vázquez, Rafael Fernández Porto o José Arnau Sierra.

Algunas actividades fueron realmente vanguardistas, como el seminario sobre informática, que acabo de citar y otras sobre temas que hoy nos parecen corrientes, pero que hace treinta años eran impensables:

*Jornadas sobre Literatura y nuevas tecnologías*, en 1987, y en las que se trataron temas como el que dio título a las jornadas, *Literatura y ordenadores en las enseñanzas básicas y medias*, *Impacto de las nuevas tecnologías de la información en la edición y difusión de las publicaciones*, *Los PC y las editoras láser*. *Las nuevas tecnologías próximas a la autoedición* y *Programas europeos de tecnologías de la Nueva educación*. Para su celebración, la compañía Telefónica tuvo que tender hasta Mariñán una línea especial con acoplamiento de Modem de Acceso a bases de datos.

*La aplicación del Rayo láser al estudio de la luz*, cursillo dirigido por el profesor Manuel García Velarde y en el que se utilizaron aparatos y equipos de última generación en 1988

Por supuesto, ni puedo ni quiero arrogarme el mérito de ellas, pues de todas las que se celebraron durante mi dirección, ninguna, y digo ninguna, de ellas fue idea mía. Es cierto que las apoyé desde un primer momento y colaboré en su realización. Sin embargo, lo cierto es que todas esas iniciativas, lo fueron de los tutores y de la representación de alumnos que trabajaron intensamente de un modo entusiástico y desinteresado, dedicando tiempo y esfuerzo para que salieran adelante.

Como una anécdota curiosa, y que pone de manifiesto la repercusión que esas actividades tenían en la sociedad es que varias de ellas fueron anunciadas, con la participación de algunos de los organizadores, en el programa "Entre nós" de la incipiente Televisión de Galicia que presentaba un joven José Ramón Gayoso, hoy indiscutible estrella televisiva.

De mi etapa de Director sólo me resta mencionar dos puntos, el primero el traslado de las instalaciones, y, el segundo, mi renuncia.

Desde el primer momento todos vimos la necesidad de conseguir unas instalaciones adecuadas. Así ya en la memoria del curso 1983-1984 el Secretario escribía: "Creemos que

*las actuales instalaciones no reúnen los requisitos adecuados de ubicación, capacidad, intercomunicación y decoro para prestar el servicio que los alumnos merecen”.*

Yo tenía claro que en el CEI esa mejora era imposible, por lo que siempre perseguí un traslado, aunque fuera provisional, a otra ubicación, y a ser posible en la propia ciudad de La Coruña.

Esa oportunidad surgió en verano de 1987, con la cesión por parte de la “Entidad Benéfica Sagrada Familia” de un edificio completo y parte de otros dos en la Plaza de Nuestra Señora.

Así logramos disponer de aulas de uso exclusivo y ampliar la librería y la biblioteca cuya atención pudimos ya profesionalizar contratando una auxiliar de biblioteca.

Ese traslado fue un empeño personal mío que produjo un cierto rechazo en algún sector del alumnado y del profesorado por la zona de la ciudad en la que se ubicó.

Siempre creí que si nos instalábamos en el casco urbano tendríamos una mayor visibilidad y ello podría facilitar la consecución de un edificio ad hoc.

No sé si fue suerte o que mi intuición era acertada, lo cierto que en 1992 se inauguró el actual edificio en cuyo salón de actos nos encontramos, pero de ese último traslado ya no puedo hablar desde la óptica de Director, porque ya había renunciado.

No querría terminar este apartado sin hablar de algo que me produjo un especial orgullo, y fue lograr la aplicación del Convenio Colectivo de la UNED al personal de nuestro Centro Asociado, con lo que se consiguió una normalización de las relaciones laborales.

Creo que de todo lo que acabo de exponer se desprende que mi experiencia a lo largo de los casi siete años que estuve como Director fue muy satisfactoria desde todos los puntos de vista y, aunque aún no se habían alcanzado todas las metas que me había propuesto, tuve que dejar la dirección.

Esa renuncia vino obligada porque el puesto de Director no era de dedicación exclusiva y venía compatibilizándolo con el de Catedrático de Instituto gracias a la autorización concedida por la Consellería de Educación. Sin embargo, la nueva Ley de incompatibilidades, impedía, en mi opinión, el mantenimiento de esa situación, por lo que tuve que renunciar, aun a mi pesar.

Mi vinculación al Centro como profesor-tutor, pudo continuar gracias a la aprobación del Real Decreto 2005/1986 sobre la función tutorial, en cuya redacción me cupo el honor de participar.

Esta etapa como tutor, que comenzó al mismo tiempo que la dirección, fue la de mayor duración, 36 años. y me permitió vivir los gigantescos cambios tecnológicos en las formas de comunicación, tanto con la Sede Central, como con los alumnos.

En los comienzos, las relaciones docentes con los Departamentos eran, fundamentalmente por correo postal o teléfono, aunque también solía haber una reunión anual en Madrid, que para la mí era lo más importante, pues me permitió conocer personalmente a profesores a los que había admirado desde mi época de estudiante, como los doctores Salvador Senent o Arturo Horta.

Con los alumnos, al margen de las pruebas de evaluación a distancia que llamábamos “cuadernillos” que se enviaban y devolvían por correo, el principal modo de relación era el contacto cara a cara, en las tutorías y en las clases presenciales.

Tengo que reconocer aquí que lo más gratificante de mi función como tutor fue esa relación “en persona”, que se fue perdiendo con la aparición, primero del correo electrónico, luego con la herramienta AVIP, pero sobre todo con la plataforma digital ALF.

Las clases por WEB conferencia o video conferencia me resultaban extrañas. Estaba claro que me estaba haciendo viejo y que este nuevo sistema era ajeno a mi modo de entender y ejercer la docencia. Parece que los medios que acercan la comunicación con lo lejano, nos aíslan más de quienes están más cerca.

Ese relativo aislamiento de la relación directa, cara a cara, me hizo ir perdiendo la ilusión con la que acudía al Centro. Sólo me salvaba el que tenía una asignatura de Prácticas de Laboratorio, en la que la asistencia era obligatoria e imprescindible y me permitía disfrutar, digo bien, disfrutar, de la presencia de seres humanos en carne y hueso.

En esa progresiva pérdida de ilusión tuvo un impacto directo el fallecimiento en un breve espacio de tiempo de dos de los compañeros que me habían acompañado desde aquel lejano 1982, excelentes profesionales y mejores amigos, Luis Miguel Barral Rodríguez y Alfonso Rodríguez Penas.

Siempre creí que cuando se pierde la ilusión por algo, lo mejor es dejarlo antes de empezar a hacerlo mal y a desgana. Además, al alcanzar una cierta edad es conveniente ir cerrando etapas y yo ya he llegado a esa edad.

No podría acabar sin hacer una breve alusión a mi paso como alumno de Derecho. Antes dije que mi etapa como Director fue la más breve, 7 años, y lo fue porque cuando empecé estos estudios hice caso del consejo que, como Director, siempre daba a las personas que se encontraban trabajando e iban a comenzar una carrera: *No te matricules del curso completo, elige dos o tres asignaturas, porque si intentas abarcar mucho, lo más probable es que abandones*. Por eso, y porque tampoco tenía mucha prisa tardé ocho años en terminarla.

Como alumno pude experimentar la gran ventaja que la UNED tiene para las personas que están trabajando: la certeza en los contenidos y las fechas de exámenes y la libertad para organizar el estudio de acuerdo con las propias disponibilidades de tiempo.

El logro de esa titulación me resultó de gran utilidad, cuando, por ciertas vicisitudes profesionales me interesó cambiar de destino y me permitió acceder al puesto que estoy desempeñando actualmente.

Para terminar me gustaría volver al principio:

En mi primera intervención en el acto de apertura del curso 1983-1984 a la que hice referencia al principio expresé: *“Desde aquí quiero manifestar mi esperanza en que todos los estamentos sociales van a responder positivamente, haciendo que la base de sustentación del Centro se ensanche y haga más sólida.*

*Si esto es así, no me cabe duda que este Centro de la UNED logrará cubrir satisfactoriamente una doble finalidad de permitir la consecución de una titulación y formación universitarias*

*a personas que no pudieron alcanzarla en su momento, y de actuar como foco cultural en el seno de nuestra sociedad”.*

Hoy me cabe el orgullo de decir que esos deseos se han visto completamente satisfechos gracias al interés, el trabajo y la colaboración de todos los miembros de nuestra comunidad universitaria a lo largo de estos 37 años, a los que debo expresar mi más sincera gratitud. Pero me permitirán ustedes que dedique un especial reconocimiento a aquellas personas que me acompañaron en aquellos difíciles e ilusionantes años de puesta en marcha de este Centro, pues como ya dijo Winston Churchill: *“Si estamos juntos no hay nada imposible. Si estamos divididos todo fallará”.*

Me gustaría poder citarlos a todos por su nombre, pero eso alargaría en demasía mi intervención. Baste decir que los tengo y tendré siempre presentes en mi memoria.

Muchas gracias a todos por su paciencia y mi más cordial enhorabuena a los nuevos licenciados.

A Coruña, 10 de octubre de 2019.

